

AMARA CASTRO CID

EL TIEMPO SUFICIENTE



MAEVA

«(...) la vida es tozuda y casi siempre consigue envolvernos en esa misteriosa inercia que nos empuja a continuar cuando parece imposible que podamos hacerlo.»

Los sabores perdidos, Raquel Martos

1

INTENTANDO NO DESPERTAR a Julián, Telma comprobó por última vez que la pulsera no estaba en el cajón de la mesilla. Habría jurado que la había guardado ahí la noche anterior. Sin poder evitar cierto desasosiego, se dijo a sí misma que ya aparecería y se encaminó hacia la cocina.

El piso estaba en un edificio antiguo en pleno centro de Vigo, en la esquina entre las calles Urzáiz y Manuel Núñez. Aunque había hecho una pequeña reforma antes de instalarse, no había pensado en una solución para los crujidos de la madera del suelo, especialmente la del pasillo. Así que, por no molestar a los vecinos, tenía todo organizado para recorrerlo una sola vez por las mañanas, desde el dormitorio que estaba al fondo de la casa hasta la cocina situada en el otro extremo, justo al lado de la entrada. Por suerte, la vecina de abajo, su amiga Lorena, era azafata de vuelo y casi nunca estaba en casa.

Se sirvió el café con parsimonia, disfrutando del aroma y de la taza que le había regalado su hermana por su vigésimo noveno cumpleaños. La cogió por el asa y la fue girando en el aire mientras sonreía. En la foto que Celia había elegido estaban las dos de pequeñas, muertas de risa en la terraza de la abuela. Cada una posaba con diferentes complementos sacados del baúl de los recuerdos: tocados con plumas, muchos collares y unos pendientes larguísimos. Telma, además, lucía orgullosa unas gafas de sol que prácticamente le cubrían la cara. De todos los regalos de su cumpleaños, la taza había sido el que más ilusión le había hecho, bastante más que la pulsera de Julián. ¡La pulsera! Volvió a hacer un

esfuerzo para recordar dónde la podía haber guardado. ¿Cómo le iba a decir a Julián que la había perdido el primer día? Ella, que jamás había extraviado nada... ¡A saber cuánto tiempo había estado ahorrando el pobre para poder comprársela! Bueno, por la tarde ya la buscaría con calma y seguro que iba a aparecer donde menos se lo imaginaba.

Se sentó moviendo la silla muy despacio. Abrió el bote que usaban para guardar las galletas. Estaba vacío. Se levantó contrariada, esta vez con menos cuidado, preguntándose por qué a Julián le costaba tanto trabajo hacer algo tan sencillo. En el silencio de la madrugada, escuchó, a lo lejos, unos acordes de la gaita de Carlos Núñez que le hicieron saber que él ya estaba despierto. Cuando habían empezado a salir juntos, ella se había sentido increíble contándole a sus amigas: «Es lo más, se levanta con Carlos Núñez a todo volumen». Ahora, bueno, desde que él se había mudado a vivir con ella... Lo quería más que antes, claro, sin embargo, sospechaba que no faltaba mucho para que llegase el día en el que le iba a tirar por la ventana las *minicolumnasmegapotentes*, como las llamaba Julián, y con ellas a Carlos Núñez, contra quien no tenía nada especial, sino todo lo contrario, pero es que toooooodos los días..., ya empezaba a cansar un poquito tanta gaita. Por lo menos, después de muchas charlas sobre el respeto hacia el vecindario, Telma había logrado que bajase el volumen desde el punto máximo hasta un nivel medianamente soportable.

Terminó de rellenar el bote y volvió a sentarse.

—Ya sé que es de mala educación, pero...

Sonrió al darse cuenta de que le estaba hablando al aire. No podía evitar decir esa frase de la abuela Gala cada vez que mojaba una galleta en el café. Ese día, como cada miércoles, Celia y ella irían a comer a su casa. Las comidas de nietas eran sagradas. Ninguna de las dos se perdería la lasaña de la abuela por nada del mundo. Además, por lo visto, Celia iba a anunciar «novedades», había dicho. Telma había intentado sonsacarle algo más durante la cena de cumpleaños, pero su hermana no había soltado prenda.

Mientras saboreaba los últimos tragos del café, volvió a formular hipótesis mentales. Embarazada, imposible; se casa, qué va; se va a vivir a Cuba con Rafa, ni pensarlo.

El mismo mensaje de todos los días a la misma hora la hizo espabilar.

—¿Las ocho y media? ¡Madre mía, qué tarde es! —le dijo otra vez al aire al fijarse en el reloj del móvil.

A pesar del apuro y aun sabiendo que aquel texto le hacía daño, se tomó unos segundos para leer: «Que tengas un buen día. Te quiero mucho. Besos, papá». ¡Puaj! Palabras de amor que se le clavaban como dardos alrededor del puñal que sentía incrustado en la espalda desde que su padre, Marcos, se había marchado a Estados Unidos para brillar en su carrera como ortodoncista. Por lo visto, para él, ni Vigo tenía el mismo glamur que Miami, ni su mujer y sus hijas eran tan importantes en su vida como para quedarse a su lado. ¿Y por qué tenía que firmar así: «Papá», como si fuese una carta? ¡Qué manía! Le bastaba con mandar un mensaje cada día a sus dos hijas y un montón de dinero al mes a su mujer para lavar su conciencia. Y se suponía que Telma debía estar feliz por él, porque él sí que era feliz.

Sin saber muy bien si estaba enfadada con su padre o consigo misma porque un día más no iba a atreverse a responder con un «Déjame en paz», se levantó apresuradamente. Era realmente tarde.

Pensó en dejar la taza en el fregadero, pero le pareció demasiado desconsiderado. La enjuagó y la metió en el lavavajillas en donde ya había dos platos, dos vasos, dos tenedores y una tartera pequeña. Hizo lo mismo con la cuchara, la enjuagó y la metió en un compartimento aparte del de los tenedores. Le dio un poco de pena dejarla allí tan sola, pero qué remedio. Con un poco de suerte, en breve tendría una compañera, eso si a Julián le daba tiempo a desayunar, porque le encantaba remolonear en la cama hasta el último minuto y, al final, siempre tenía que salir pitando.

Salir pitando. Eso era lo que tenía que hacer Telma ahora. ¡Qué raro haberse despistado así! El día ya no estaba empezando

como tenía que ser. Menos mal que no llovía. Odiaba la lluvia con toda su alma y durante la última semana no había parado de diluviar. Sin embargo, esa mañana el cielo había amanecido despejado. Por la ventana se podía ver una parte de la ría asomándose al fondo de la calle Colón y parecía que el mar también estaba en calma.

Se fue al aseo contiguo a la cocina y se lavó los dientes con el cepillo que tenía allí. También había comprado un doble juego de maquillaje, uno para el cuarto de baño de la habitación y otro para el aseo. Se pintó volando, tirando a regular, pero ya daba igual, era tardísimo. Cogió el bolso de ante verde botella y la chaqueta gris del perchero de la entrada y, cuando estaba a punto de salir de casa, oyó a Julián llamándola a gritos. Puso los ojos en blanco y recorrió el pasillo de puntillas hasta llegar al fondo. Entró en la habitación y se giró hacia la puerta del baño, que estaba entornada. Al asomarse, se encontró a Julián encaramado al bidé, desnudo, con los brazos apretados sobre el pecho a modo de escudo, y más blanco que la pared.

—Hay una araña. En la bañera. Por poco la piso.

—No me lo puedo creer, Julián, por Dios, que está en la bañera... No es tan difícil.

Con la ayuda de la ducha, Telma se despidió con respeto de la araña, que desapareció por el sumidero.

—¿Y si vuelve a subir? —preguntó él desde lo alto del bidé.

—Pues con un poco de suerte, te come y desapareces para siempre —replicó Telma perdiendo los nervios.

¿Había dicho eso? Ay, Dios, sí, lo había dicho. ¿En alto? Sí, en alto. En un acto reflejo se tapó la boca con la mano. Agradeció estar aún de espaldas a él. Pobre Julián, no se merecía ese comentario por haber dejado el bote de galletas vacío como siempre. Tampoco era justo castigarlo por lo de la gaita y mucho menos por tenerle miedo a las arañas. Cerró el grifo y se dio la vuelta forzando la mejor de sus sonrisas.

—Es broma, cariño, no te preocupes —dijo dándole un beso en un brazo—, ya no te molestará, ha emprendido un largo viaje

por el mundo de las tuberías —añadió con su voz más dulce—.
Y ahora, me voy pitando, que llego tardísimo.

—¿Y si vuelve? —repitió él sin bajarse del bidé.

Pero sus palabras se perdieron entre los crujidos del pasillo.
Telma ya no escuchó a Julián, sin embargo, Julián sí que oyó el
portazo que acababa de dar ella al salir.

Isolina

Febrero de 1963

ISOLINA ACABABA DE terminar la manta que estaba tejiendo para su bebé. El final del embarazo le estaba resultando mucho más agotador que las náuseas de los primeros meses. El peso del vientre era demasiado para su espalda y, con los pies tan hinchados, no había quien se calzase. Unas plantillas hechas con papel de periódico, metidas por dentro de los calcetines de lana gruesa que ella misma se había calcetado, la aislaban un poco del frío de febrero. La casa que habían alquilado a un precio casi simbólico tenía el piso de madera y se alzaba directamente sobre una fina capa de cemento que se había echado sobre la húmeda tierra firme. Se levantó de la mecedora y, como siempre, con cuidado de no resbalar, fue hasta el cuarto que iba a ser para su hijo. Probó la manta en la cuna de pino rojo que había hecho su marido. Perfecta, quedaba perfecta. Cuando él llegase, se la enseñaría nada más entrar, le iba a encantar. Por enésima vez, se imaginó a sí misma arrojando a su bebé. Presentía que iba a ser niño y su vecina, que era medio meiga para algunas cosas, opinaba lo mismo. La habitación destinada al bebé era minúscula, pero la de ellos también, tanto que no había manera de meter la cuna dentro. Él estaba empleado en Citroën desde hacía ya casi dos años, justo antes de casarse, y trabajaba como el que más para llegar a ser encargado. Isolina no sabía muy bien encargado de qué, pero lo que sí sabía era que el salario de los encargados abría las puertas de unos pisos que iban a construir en Coia con las mayores comodidades imaginables. Aunque deseaba con toda su alma poder mudarse a una de aquellas viviendas modernas, de

momento no valía la pena pensar mucho en ello. Se asomó a la ventana y el galpón de la parte trasera del jardín le recordó que, por lo menos, en esa casa podían tener sus gallinas y su pequeño huerto. A lo lejos, al fondo del camino, divisó un punto de luz que se acercaba. Aguzó el oído para intentar distinguir si se trataba de la moto de su marido. La noche le devolvió el inconfundible runrún de la Lambreta. Se acarició el vientre de modo instintivo y fue corriendo a ponerse los únicos zapatos que podía aguantar durante un par de horas. Cuando él abrió la puerta, ella estaba esperándolo, calzada y con una sonrisa tan enorme como su vientre.

—La manta está terminada —le anunció.

Él cogió a su mujer por la poca cintura que le quedaba y la impulsó suavemente hacia la derecha para dar con ella una vuelta de trescientos sesenta grados mientras le decía:

—Te quiero tanto, Isolina, te quiero tanto...

2

COMO CADA MAÑANA antes de irse a trabajar, Celia llevó a su madre al salón para dejarla en compañía de la presentadora Ana Rosa Quintana hasta que, a las diez en punto, llegaba Iris, su cuidadora, que era mucho más que un ángel en la Tierra. Le pagaban bien por su trabajo, aunque el cariño que les tenía a Amparo y, por contagio, al resto de la familia, ese cariño, ese tan bueno, no se pagaba ni con todo el oro del mundo. Justo cuando a Amparo le iban a dar el alta después del accidente, Iris había llegado de Brasil con treinta años recién cumplidos, un pasado al lado de un maltratador a quien no quería recordar, mucho entusiasmo y una mano delante y otra detrás. Era sobrina de la vecina del segundo. En una conversación de ascensor, la vecina le había comentado a Marcos que Iris se había mudado a Vigo porque un océano de por medio era la única distancia que le parecía razonable para sentirse a salvo del que aún era su marido. Nadie sabía qué iba a ser de Iris. Si su marido nunca la había dejado trabajar fuera de casa, ¿cómo iba a encontrar una salida laboral en España? Marcos le planteó la posibilidad de cuidar a Amparo y la entrevistó con la grata sensación de haber descubierto un mirlo blanco. Desde entonces, jamás les había fallado.

Celia le dio a Amparo un beso en la cabeza, acompañado de la misma frase de todas las despedidas:

—Te quiero mucho, mami. Nada de fiestas con los colegas, ya lo sabes.

—Yo también te quiero, pero lo de las fiestas... No te prometo

nada. A ver ahora, cuando venga Iris, qué plan tenemos para hoy —respondió ella sonriendo.

—Vete tú a saber qué hacéis vosotras dos cada miércoles, con todo el día por delante...

—¡Hale, hale, a trabajar! —la azuzó su madre.

—Ya veo que me vas a echar de menos —protestó Celia antes de darle varios besos seguidos muy sonoros.

—¿Quieres irte de una vez? Mira que eres pesadiña, ¿eh?

Celia negó con la cabeza. Los miércoles le angustiaba dejarla todo el día sola, bueno, sola no, con Iris, gracias a Dios, pero aun así no le agradaba la idea de no ir a comer a casa. Sin embargo, Celia no quería perderse una comida de nietas por nada del mundo.

La abuela Gala había empezado a organizar esas reuniones hacía casi dos décadas. Un buen día, cuando tenía unos ocho o nueve años, Telma la llamó quejándose del menú del comedor del colegio porque nunca había lasaña, su plato preferido. La que más le gustaba era la que hacía su abuela, «rellena de cariño y besos». Así que, sin darle muchas vueltas al asunto, Gala se inventó las comidas de nietas de los miércoles. Habló con su hija, Amparo, y le ordenó que diese aviso en el colegio de las niñas. Sus nietas no volverían a pisar el comedor los miércoles mientras ella viviese. Para aportar más emoción al asunto, decidió darle tremendo bombo al anuncio del nuevo evento semanal. El domingo siguiente a la llamada de Telma, cuando estaban todos merendando en casa de Amparo, Gala se puso en pie y los mandó callar con su «superpoder de la mirada que te deja estatua». Entonces, sentenció muy solemne:

—A partir de la próxima semana, ninguna de mis nietas usará el servicio de comedor del colegio los miércoles.

Las caras de incredulidad eran dignas de la mejor escena de una película de intriga. Dos rostros infantiles con los ojos muy abiertos esperaban la continuación de aquella frase. Ambas estaban desconcertadas por el tono tan formal de la abuela. En ese

momento, Gala sonrió plena de satisfacción y remató la jugada diciendo:

—Cada miércoles tendremos una reunión secreta muy importante, así que tendréis que ir a comer a mi casa.

—¿En serio, Abu? —preguntó Telma.

—Nunca he hablado tan en serio. Y os digo más, ¿sabéis cuál va a ser el menú?

Ellas seguían mirándola con gran expectación.

—¿Cuál?

Gala estiró la espalda y el cuello para adquirir una postura similar a la de una actriz de teatro antes de declamar su frase final. Guardó silencio un par de segundos que a las niñas se les hicieron eternos. Después, cogió aire y acabó la ceremonia mostrando la mejor de sus sonrisas para anunciar:

—De primer plato, crema secreta, de segundo, lasaña de besos y, de postre, helado de Capri.

Se levantaron para aplaudir, chocaron los cinco, gritaron bravos y hurras por la abuela y entonaron el «Ondiñas veñen». Aquello parecía más una celebración de un gol del Celta que otra cosa. Desde entonces, el único motivo admisible para faltar era una enfermedad gravísima, cualquier otra excusa estaba fuera de cuestión.

Celia cogió el bolso que el día anterior había abandonado encima de la mesa del salón y lo abrió para comprobar que lo llevaba todo: las llaves, la cartera, el móvil y el mando del garaje. Se lo colgó al hombro y se acercó otra vez a su madre. Amparo estaba muy interesada en las palabras de Ana Rosa Quintana, pero giró levemente la cabeza para dedicarle una sonrisa a su hija. Celia se agachó para darle otro beso y, mientras se alejaba hacia la puerta, le dijo:

—Adiós, mami, pórtate bien.

—Ya veremos —le respondió Amparo por lo bajini intentando quitar el freno a la silla de ruedas.

Isolina

Abril de 1963

CON TANTA DELICADEZA como si se tratase de un tesoro, dobló la manta que había tejido. Sobre todo, tuvo cuidado para no dejar que sus lágrimas la mojasen. No quería llorar más, pero ya habían pasado casi dos meses y ver cada día la cuna vacía no la ayudaba. Su marido había querido guardarla nada más volver del hospital, pero Isolina le había pedido que le diese algo de tiempo. Durante varios días, se había levantado por la mañana jurándose a sí misma: «De hoy no pasa. Hoy guardo su cuna, su ropita diminuta, su...». Nombrar mentalmente todo aquello la hacía caer en la tristeza más profunda. Cada día tenía que hacer de tripas corazón para no llorar delante de su marido mientras desayunaban. Él intentaba animarla con torpeza, hablándole de todo y de nada, de cosas del mundo de los vivos, algunas que había visto en la televisión por la noche y otras que se inventaba con tal de contarle cualquier cosa que pudiese alegrarla. Ella lo escuchaba en silencio preguntándose una y otra vez cómo él era capaz de seguir viviendo de espaldas a semejante pérdida.

A las ocho en punto, se despedían en la puerta. Él le acariciaba el pelo con ternura y ella mostraba la mejor sonrisa posible haciendo un esfuerzo monumental. Después, antes de que él saliese de casa para ir a trabajar con su pena escondida en el fondo del alma, se rozaban los labios en busca del amor que pudiera quedar en medio de la desolación que los había arrasado.

Aquella mañana, Isolina, exhausta de intentar fingir que se estaba recuperando, cerró la puerta, apoyó contra ella la espalda

y se dejó deslizar hasta quedarse sentada en el suelo. Los párpados le pesaban y cerró los ojos. Se tapó la cara con las manos y pensó que no iba a ser capaz de hacer frente a un día más. ¿Había sido una traición hacia su hijo guardar sus cosas por si algún día otro...? Entre la culpa y la pena, no habría sabido decir cuál pesaba más. A menudo, como en ese momento, se imaginaba que su corazón era una ciudad devastada por la guerra, una montaña de escombros cubierta de polvo. Casi siempre veía el cadáver de su bebé entre los cascotes y algunas veces, las menos, era capaz de imaginárselo con vida, dormido plácidamente en su cuna inmaculada, a un lado de la escena, como si la desolación nada tuviese que ver con él.

3

TELMA SE HABÍA pasado las dos primeras horas de su jornada laboral entrando y saliendo de Urgencias a toda velocidad. Una colisión múltiple a las afueras, en la bajada de Puxeiros, había llevado al hospital a varios heridos leves y la primavera estaba haciendo estragos desatando las peores versiones de las alergias.

A media mañana, se calmó tanto ajetreo y le tocó subir a planta. En el ascensor echó un vistazo rápido al móvil. Cinco llamadas perdidas de Julián. ¿Cuántas veces le había explicado que, si quería decirle algo, prefería que le escribiese un mensaje? ¡Qué manía de alarmarla con tanto misterio! Se bajó en la última planta y se fue directa al cuarto de baño.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—¡Ah! Nada, es que tenía un rato entre clase y clase y me aburría.

—Estaba en Urgencias, cariño. Ya sabes que es mejor que me escribas y cuando pueda te respondo, ¿vale?

—Sí, sí, vale, vale.

—¿Me estás escuchando o me estás dando la razón como a los locos?

—Es que me pillas en mal momento.

—Ah, pues nada... —susurró Telma desconcertada.

—Venga, te dejo. Un beso, cielo —concluyó Julián.

—Un be...

Julián ya había colgado.

Milagrosamente, había pocos enfermos ingresados en planta y no habían requerido más atenciones que las de rutina. Como

estaba el ambiente tan relajado, se permitió el lujo de ir a visitar a su paciente favorito. Pío acababa de cumplir setenta y nueve años. Había tropezado en una alfombra con tan mala suerte que una caída de lo más tonta lo había dejado postrado en la cama desde hacía casi dos meses. Rotura de acetábulo. Tenía la pierna atravesada por un hierro un poco más arriba de la rodilla y de ahí colgaba un peso mediante un sistema de poleas que parecía sacado de un cuento de terror, pues se parecía más a un potro de torturas medievales que a un instrumento clínico. Por las tardes no paraba de recibir visitas de familiares y amigos, pero por las mañanas, las había prohibido él personalmente. Quería aprovechar para leer. Ya que iba a tener que estar así, en cama y sin moverse, por lo menos que el reposo le sirviese para dedicarle algún tiempo a su pasión por la lectura. Sabía que Telma compartía ese gusto, así que, de vez en cuando, si tenía algo que comentarle de algún libro, llamaba al timbre y se hacía el cascarrias si venía algún otro enfermero. Cuando aparecía el aviso en la sala de enfermería ni se preguntaban entre ellos: ¿vas tú?, ¿voy yo? Iba Telma y punto. A los demás, Pío los iba a mandar a paseo, ya se sabía.

—Buenos días, guapetón, ¿cómo estamos hoy?

—Preparado para la Vig-Bay. Tengo pensado fugarme esta tarde.

Decía que cuando le quitasen aquel armatoste tan aparatoso, lo primero que iba a hacer era apuntarse a esa carrera desde Vigo hasta Bayona, veintitantos kilómetros. No había participado nunca en algo así y, por supuesto, no tenía ninguna intención de hacerlo, ni siquiera sabía en qué mes se celebraba, pero sí que sabía que a Telma le haría gracia la broma y le encantaba hacerla sonreír.

—Ya está todo planeado —continuó Pío mientras Telma se sentaba en el sillón azul—. En cuanto llegue el médico le diré que tengo que ir a un entierro muy importante, que me quite todo este embrollo y que me dé el alta. Ya volveré mañana si veo que no estoy bien.

—¿Un entierro muy importante? ¿En serio? Ay, no puedo contigo, Pío... ¡Un entierro muy importante! ¿A quién se le ocurre?

—Es que estoy leyendo *Los funerales de la Mamá Grande*, de García Márquez, igual eso influye...

—Pues quizá sí —Telma sonrió negando con la cabeza—. Tiene razón tu mujer, Pío, eres peor que un niño. Oye, por cierto, ¿qué tal están los funerales esos? Si te digo que a mí García Márquez no acaba de llegarme..., ya sabes, por lo de mi debilidad por las escritoras. Claro que él no tiene la culpa de ser hombre, pero es que yo creo que las mujeres tienen como más facilidad para tocarme el alma... —Se llevó la mano al bolsillo de la bata— ¡Uy!, perdona, es mi abuela, ¡qué raro!

Telma salió de la habitación con el móvil en la mano y deslizó el dedo por la pantalla al tiempo que apoyaba la espalda en la pared del pasillo.

—Abu, ¿qué fue?, ¿estás bien?

Isolina

Noviembre de 1963

ISOLINA CERRÓ EL grifo y dejó la segunda taza sobre el paño que había colocado meticulosamente al lado del fregadero. Esperó el golpe de la puerta al cerrarse. ¡Pum! El portazo hizo retumbar la casa y una corriente de aire llegó hasta ella acuchillándola por la espalda. Se apoyó con las dos manos en la encimera y dejó caer la cabeza hacia delante. No lloró. Solo cerró los ojos y se mantuvo muy quieta, intentando disfrutar de esos segundos en los que no sucedía nada, nada de nada. Porque ese era su mayor deseo: que la vida la dejase en paz, y para ello, le bastaba con estar libre de la presencia de su marido, que no cejaba en su deseo de ayudarla.

Él se había pasado los primeros meses intentando distraerla, hablando de banalidades y evitando cualquier tema que contuviese las palabras hijo o muerte. Pero nada lograba sacarla de su aislamiento. Cada mañana, él tenía que hacer todo el esfuerzo del mundo para no dejarse vencer por la frustración. ¿A la pena de haber perdido a su niño tenía que añadir la de estar perdiendo a su mujer? ¿Por qué la vida se estaba ensañando tanto con él? ¿Qué había hecho mal?

Ella ya solo quería estar sola para que nadie le dijese que no podía volver a meterse en la cama después de desayunar y dejar pasar el día. Respirar y parpadear. Eso era lo máximo que podía hacer sin agotarse. Lo único que deseaba de verdad era morir para poder estar con su hijo. No pedía tanto, ¿o sí? ¿Por qué su marido no podía entenderla? ¿Cómo era posible que el dolor, que estaba segura de que compartían, los hubiese distanciado

de aquel modo, convirtiendo su amor en un iceberg resquebrajado a punto de partirse?

Envidiaba en silencio la vida insulsa y mediocre de su vecina Marta, esa vida que tanto había menospreciado antaño, cuando Isolina era tan feliz con su marido, «el Encantador», como lo llamaba Marta, y esta se aburría soberanamente con su Jaime, «el Aburrido». Habían sido otros tiempos, tiempos en los que el acontecimiento de la semana de Marta era la partida de parchís del domingo en casa de Isolina y, sin embargo, para Isolina ese era el momento que dedicaba a hacer el bien al prójimo distraendo a su vecina. Porque el resto de la semana, ella y su marido, el Encantador, hacían el amor a todas horas y, a veces, daban largos paseos cogidos de la mano luciendo su matrimonio perfecto por la nueva circunvalación, que iba desde Las Traviesas hasta el centro de la ciudad evitando las cuestas. Era la primera calle asfaltada de Vigo. Esa novedad, sumada al atractivo de poder dar un buen paseo con vistas a la ría, hizo que en poco tiempo pasase a llamarse avenida de las Camelias, un nombre que le daba la categoría que merecía y le hacía mucho más honor por los camelios que abundaban en las fincas de la zona. «Algún día, cuando sea encargado, te regalaré una bicicleta para que puedas ir a donde quieras cuando te plazca», le había dicho en varios de aquellos paseos. Pero lo cierto era que seguía sin ser encargado y ella ni siquiera sabía montar en bici porque su padre nunca se lo había permitido, no era algo imprescindible para una niña. Sus dos hermanos, varones, sí que habían volado sobre dos ruedas en la infancia, ella no. Su marido sabía que llevaba esa espinita clavada en el alma y, en más de una ocasión, había intentado ahorrar para poder darle ese capricho, pero siempre surgía algún imprevisto, algo que arreglar en casa o un gasto con el que no había contado.

Ahora ya nadie pensaba en bicicletas, el cielo amenazaba tormenta y el ambiente en casa era tan plomizo que el aire casi podía cogerse con las manos sin que se escurriese entre los dedos.

Con los ojos aún cerrados, Isolina inspiró y espiró varias veces. Si no fuese porque había perdido la fe, habría rezado. Pero

ya solo iba a misa por el qué dirán. Rezar, lo que se dice rezar, ya no le salía.

Hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y abrir los ojos. Su mirada se encontró con la fila de cucharones y cuchillos que colgaban de sus respectivos ganchos en la pared, perfectamente ordenados de mayor a menor.

Fue entonces cuando se le pasó por la mente una idea. Se preguntó si sería lo suficientemente valiente como para hacerlo. O quizá, para huir de la vida para siempre, bastaría con ser lo suficientemente cobarde.

Paseó la mirada por los cuchillos. Descartó los de sierra, se le secó la boca solo de pensarlo. Después, desechó los tres grandes por la aparatosidad. Pero aquel pequeñito, el que habían comprado en Taramundi, el único recuerdo de su luna de miel en Asturias, precisamente ese que ella tenía siempre tan bien afilado... Lo cogió con firmeza por el mango. Era justo del tamaño de su palma, como hecho a medida para hacerse un corte certero.